

Raymond Geuss: *Not Thinking Like a Liberal*. Cambridge: Harvard University Press, 2022, 197 págs.

La edad suele acentuar el gusto por contar historias, y en esto Raymond Geuss no es una excepción. Con la ventaja, claro está, de ser un académico de renombre mundial, autor de al menos media docena de libros notables, y poder gozar así de un público que trasciende con mucho a sus hijos y nietos. A lo que hay que sumarle que se trata de un narrador lúcido y vivaz, capaz de ilustrar una idea de Wittgenstein con una anécdota de sus juegos infantiles y de conectar sus vivencias como adolescente con cuestiones políticas y filosóficas de primera índole.

Por otro lado, la edad también puede llevar a agudizar las propias fobias. En el caso de Geuss, su pertinaz hostilidad al liberalismo. *Not Thinking Like a Liberal* puede leerse como el punto de encuentro entre ambas tendencias.

La peculiar fuerza de las obras de Geuss se deriva en buena parte de su convicción de que la visión del mundo segregada por la ideología dominante y reproducida infatigablemente por académicos, periodistas y opinadores de toda clase es tan políticamente nefasta como profundamente errónea. A sus ojos, los dogmas del liberalismo no son solamente cómplices de la desigualdad y la explotación, sino también pueriles, fantasías que no se sostienen no ya ante la crítica filosófica, sino incluso ante el más somero contraste con la experiencia. Esta afirmación difícilmente dejará a nadie boquiabierto en, pongamos, una reunión de una célula maoísta. Pero en los seminarios de Cambridge puede provocar alguna que otra apoplejía.

Geuss es consciente de que la hegemonía del liberalismo no puede explicarse en términos de la “confusión” de millones de individuos, ni su hostilidad a este en términos de sus mayores capacidades intelectuales. Si la respuesta a ambas cuestiones es mayormente histórica, la última bien podría abordarse a través de la autobiografía. Esta es la premisa subyacente a *Not Thinking Like a Liberal*.

El libro no es no es una autobiografía en sentido estricto, sino un recorrido por aquellas experiencias formativas que darían cuenta de su temprano desdén por el liberalismo. *Not Thinking like a Liberal* se divide en 12 capítulos, que cubren, *grosso modo*, tres etapas diferentes de la vida de Geuss. La primera introduce a un personaje ya familiar a sus lectores: Béla Krigler, sacerdote, exiliado húngaro y profesor de religión en el colegio católico al que sus padres enviaran al joven Geuss. Quien espere de sus recuerdos escolares un recuento tenebroso de profesores coléricos, sordidez y dogmatismo, aquellas “sotanas negras” de Blas de Otero, se llevará una

agradable sorpresa: la experiencia de Geuss fue, en comparación con otras semejantes, extraordinariamente positiva. Nada de palizas y sacristías heladas: lo que encontramos en sus recuerdos escolares es a profesores que invitan a reflexionar sobre los límites de la traducción, a leer poemas en griego o a cuestionar algunos de los dogmas imperantes en la sociedad americana de mediados de siglo.

Debe señalarse que el colegio de Geuss era una *rara avis* dentro del universo de colegios católicos por motivos que trascienden al buen trato a los alumnos. Entre otras rarezas, su orientación era abiertamente anti-tomista. Las disquisiciones sobre el hilomorfismo, los diferentes tipos de almas y la ley natural no perturbaron la infancia de Geuss. La línea ideológica de la escuela consistía más bien una suerte de “existencialismo católico” donde la “Naturaleza”, fuera la humana o la naturaleza *sans phrase*, era tratada como un concepto escurridizo y mutable del que desde luego no podían extraerse conclusiones normativas atemporales ni guías infalibles para la acción.

Las enseñanzas de Krigler, un sacerdote de singular erudición y personalidad, fueron la primera y más duradera de las muchas vacunas contra el liberalismo que Geuss ha recibido a lo largo de su vida. Clase tras clase –o así parece recordarlo Geuss– Krigler se afanaba en desmontar pilares del pensamiento liberal, subrayando, por ejemplo, cómo ningún individuo es soberano e independiente, por más que los liberales insistan en encumbrar este mito. Somos, argumentaba Krigler, seres vulnerables y dependientes; socialmente, con respecto a nuestras familias y sociedad, y metafísicamente con respecto a Dios. Somos, además, amasijos de pulsiones, deseos y razones que a menudo nos mueven sin resultar transparentes a nuestra conciencia, y difícilmente podría decirse que seamos en todo momento los mejores jueces sobre qué nos conviene y qué no. Además, proseguía, cuestiones como el Bien nunca podrán reducirse a las apetencias y juicios de un individuo aislado. Dirimir lo que es bueno es una cuestión esencialmente colectiva, arraigada en una serie de prácticas históricamente desarrolladas en el seno de comunidades concretas. El Bien solo se presenta en el interior de estas prácticas y experiencias colectivas, y se le escaparía por principio a todo “individuo soberano”. Ahora bien, estas prácticas y experiencias trascienden con mucho a la discusión, que es solo un acto social entre otros y está lejos de ser una vía infalible para solucionar todo problema. Además, ningún individuo es realmente neutral, y la hipótesis de la neutralidad, que supuestamente podría garantizar que toda discusión llevara a buen puerto, es poco más que una falacia destinada a ocultar que no toda opinión es reduci-

ble a cuestiones de gusto o apetencia: hay cuestiones transcendentales –como aquellas que atañen a la religión– en la que la neutralidad simplemente carece de sentido.

Quien conozca la obra de Geuss no tendrá dificultades para ver hasta qué punto las enseñanzas de Krigler, una vez despojadas de su coraza religiosa, han sido una constante en su pensamiento. Su defensa de la noción de ideología, su hostilidad hacia la discusión como supuesta cura de todos los males, su énfasis en el carácter histórico y social de toda experiencia y su defensa del tomar partido como parte inalienable del trabajo intelectual parecen encontrar sus raíces en las lecciones de su viejo maestro.

La segunda etapa cubierta por *Not Thinking Like a Liberal* es el contacto de Geuss, un muchacho de clase obrera de Pennsylvania, con la imponente universidad de Columbia. Más allá de algunas anécdotas generales, su narración se concentra en este punto en la figura de tres de sus profesores: Robert Paul Wolff, Sydney Morgenbesser y Robert Denoon Cumming.

Wolff puso a Geuss sobre la pista de una de sus bestias negras: John Rawls. En un notable ejercicio de clarividencia intelectual, Wolff había conseguido elaborar una crítica *avant la lettre* de las tesis expuestas en *A Theory of Justice*, concentrándose en los materiales más bien dispersos producidos por Rawls antes de la publicación de su obra cumbre. La tesis de Wolff, que desde entonces Geuss ha replicado en todos sus ensayos sobre el filósofo de Harvard, es la siguiente: el principio rawlsiano de diferencia, que aspira a delimitar qué desigualdades sociales pueden ser justas, es solo una versión estilizada del principio liberal según el cual *a pesar de las apariencias* las desigualdades de la sociedad burguesa favorecen a los más desfavorecidos.

El modo en que Geuss enmarca su crítica, sin embargo, es diferente al de Wolff, y estas diferencias ya estaban presentes en su primer contacto con la obra de su mentor. En rigor, la principal objeción de Geuss a la concepción rawlsiana de la filosofía política es *metodológica*, y puede ser encapsulada en el chiste del irlandés que al ser preguntado por cómo llegar a determinado destino responde “Yo no empezaría por aquí”.

A ojos de Geuss, la política es esencialmente una cuestión de *poder*, una práctica social de lucha y conflicto que se desenvuelve en sociedades atravesadas por contradicciones y antagonismos –en términos marxistas y hegelianos, de los que el “realismo” de Geuss se declara heredero, en el seno de *totalidades concretas*. Por ello, el

tipo de teorización abstracta promulgada por Rawls –la “teoría ideal” – es inútil en el mejor de los casos e ideológica –una sanción intelectual de las relaciones de poder existentes– en el peor. Confrontar la vida política a través de modelos ideales y preguntas abstractas sobre el Bien o la Justicia es simplemente encerrarse en una torre de marfil, cegándose a las relaciones de poder que estructuran la sociedad –y, por lo tanto, a las determinaciones sociales que subyacen a la misma pregunta sobre “El Bien”. La vía de la abstracción así entendida es un camino sin viaje de vuelta: el teórico se eleva sobre la realidad social... para hacerse un hogar en las nubes. El fracaso a la hora de explicitar correctamente el contexto *práctico*, social, en que se desenvuelve el trabajo teórico es una vía para preservar ese mismo contexto, por más que el autor en cuestión albergue deseos contrarios. En definitiva, la inoperancia política de la obra de Rawls (que parecía sorprender al propio Rawls) se sigue necesariamente de su *método*.

A pesar de su precoz crítica de Rawls, Wolff no parecía estar del todo libre de la influencia del liberalismo. En su obra más célebre, *In Defense of Anarchism*, Wolff – que se consideraba a sí mismo un kantiano, otra de las bestias negras de Geuss– había defendido que no es posible encontrar ningún deber moral del individuo con respecto al Estado, y que por lo tanto ningún Estado es legítimo. Geuss no rechaza esta conclusión en el plano formal, sino que se limita a señalar la implausibilidad de sus presupuestos. ¿Qué sentido o interés práctico podría tener abordar cuestiones relativas a la organización política de la sociedad desde la perspectiva de la conciencia moral de individuos aislados? La conclusión de Wolff bien puede ser lógicamente coherente, pero depende de que aceptemos la existencia de un *deber* moral en el sentido kantiano. Pero si negamos –como hace Geuss– la existencia de tal cosa (más que como puro constructo ideal sin realidad efectiva), no es de extrañar que no exista un deber moral en relación con el Estado y sus leyes, y el edificio de Wolff se desmorona por completo.

Otra de las tesis de Wolff que habían inspirado a Geuss es cómo la insistencia en la igualdad formal en contexto de desigualdad substantiva acaba siendo poco más que una máscara para la dominación. Esto dinamita uno de los pilares de un liberalismo con el que Wolff, por motivos como los arriba mencionados, nunca llegó a romper.

El problema central residía en su anarquismo, concebido como el intento de reconciliar la autonomía individual con la autoridad del grupo. Su conclusión, ya esbozada, era que ninguna forma de autoridad política era compatible con la auto-

nomía del individuo, lo que testificaba en favor de su ilegitimidad. Pero el antiguo alumno de Krigler no tuvo dificultad es descubrir que lo que se ocultaba bajo la “autonomía individual” wolffiana era el buen y viejo individuo soberano del liberalismo, lo que convertía la argumentación de Wolff en una suerte de petición de principio. Si el punto de partida es la soberanía absoluta del Ego, proclamar la ilegitimidad de toda autoridad es casi una tautología. Geuss evoca aquí la crítica hegeliana a la “cosa en sí”: no debería sorprendernos que no sepamos nada de ella, cuando ha sido explícitamente construida como *aquello de lo que no podemos saber nada*, del mismo modo que la soberanía absoluta del ego ha sido postulada como *aquello sobre lo que ninguna autoridad* –por democrática que sea– puede imponerse. En definitiva, el anarquismo de Wolff acababa revelándose como una variante descarriada del liberalismo, por más que su aproximación a cuestiones económicas fuera vagamente socialista.

El segundo de los mentores de Geuss en su etapa universitaria es Sydney Morgenbesser. En rigor, es difícil dirimir cuál de sus enseñanzas reveló a Geuss alguna debilidad del pensamiento liberal, más allá de su mordaz escepticismo con respecto a todo dogma. Parecería, más bien, que lo que interesa a Geuss en este punto es simplemente trazar un retrato-homenaje de ese individuo excéntrico, brillante y singular que fue Morgenbesser –con quien, dicho sea de paso, Geuss dejó de hablarse como resultado de una discusión– quien convirtiera el filosofar en una suerte de “surrealismo práctico”.

Quizá lo más parecido a una lección que podamos encontrar en estas páginas sea la genial respuesta de Morgenbesser al tribunal encargado de juzgar las agresiones policiales que habían sufrido junto con otros profesores y alumnos durante el intento de desalojo de una facultad ocupada. Ante la pregunta de si consideraba que la actuación policial había sido justa, Morgenbesser vaciló un segundo para después contestar que creía que sí, porque le habían golpeado más o menos lo mismo que a los demás. Esto sirve a Geuss para ilustrar la futilidad de abordar cuestiones políticas y sociales desde la espuria perspectiva de la “justicia”.

El tercero de sus maestros carecía de la proyección pública de Wolff y el genio vivaz de Morgenbesser. Robert Denoon Cumming era un erudito reservado y solitario, con tendencia a evitar decir en tres palabras lo que podría decirse en dos. Al menos, claro está, en el ámbito de las relaciones personales. En el campo de la escritura, sin embargo, Cumming era un trabajador prolífico y tenaz, autor de un

colosal volumen titulado *Human Nature and History*, donde se afanara en exponer lo que consideraba la aporía central del liberalismo.

La aporía es la siguiente: el pensamiento liberal oscila constantemente entre el universalismo y el particularismo sin poder *por principio* llegar a una síntesis conciliadora. Por un lado, el liberalismo se presenta como una fórmula universal, arraigada en la naturaleza humana y cuya validez podría extenderse a todo tiempo y lugar (por implausible que fuera que sus principios fueran aplicados en ciertos contextos). Por otro, el liberalismo se concibe como una respuesta históricamente específica a un contexto social singular. Cumming exploraba esta tensión con una erudición abrumadora y una querencia por los detalles que inducía fácilmente al tedio.

A pesar de la profundidad de sus análisis, que Geuss considera en cierto sentido definitivos en lo que respecta a ciertas contradicciones del liberalismo, Cumming era lo contrario a un pensador militante, y de su pensamiento difícilmente parecía seguirse un llamado a la acción. En este sentido, las simpatías de Geuss estaban más próximas a figuras como Wolff o el entonces tan popular Marcuse antes que hacia su introvertido maestro.

La tercera y última parte del libro narra experiencias posteriores a sus primeros estudios universitarios, incluyendo su estancia en Friburgo entre 1967 y 1968, donde pudo impregnarse de los desarrollos recientes del pensamiento alemán. Allí, su interés inicial en Heidegger –quien, junto con otros existencialistas, formaba parte de la atmósfera intelectual en la que Geuss había crecido– se redirigió rápidamente en la dirección opuesta. Hacia su gran antagonista Theodor Adorno, para ser exactos.

De la obra del frankfurtiano Geuss extrajo al menos tres lecciones fundamentales: la legitimidad de la crítica estrictamente negativa frente a la compulsión de complementar cada crítica con una receta “positiva”, lo que no es sino un intento de minar la radicalidad de la primera, aspirando a hacerla asimilable al *statu quo* (1); el carácter falaz de la idea de la “comunicabilidad universal” de todo pensamiento, que conquista la transparencia al precio de convertir toda idea en homologable con la ideología dominante (2). A pesar de sus resonancias democráticas y antielitistas, la conversión de la claridad en un fin en sí mismo se revela fácilmente como una máscara para la *complicidad*, un medio para cegarse ante el modo en que

la totalidad social media el lenguaje cotidiano¹. La tercera lección es que la filosofía no es “resumible”. La obra de un filósofo no puede reducirse a una serie de tesis y proposiciones aisladas, porque toda obra está mediada por su contexto histórico, y el intento de abstraerlo de este es una vía directa hacia la falsedad. De nuevo, estas tres enseñanzas de cuño adorniano son una presencia constante en la obra de Geuss.

Not Thinking Like a Liberal es una lectura agradable, salpicada de observaciones lúcidas y anécdotas llamativas. Cabe preguntarse, sin embargo, qué añade exactamente el libro al proyecto teórico de Geuss. La respuesta, me temo, es que no demasiado, a lo sumo algo de auto-clarificación, aunque de naturaleza más biográfica que conceptual. Aunque parece evidente que tampoco lo pretende, y esto es quizás lo más revelador.

Geuss consigue demostrar que su hostilidad al liberalismo no proviene de sus idiosincrasias personales, sino de un cúmulo de experiencias desplegadas en un contexto histórico concreto, desigualmente cristalizadas en la obra y enseñanzas de sus varios mentores. Un contexto que pronto daría lugar a una revuelta global contra el orden capitalista de la que Geuss, inveterado *soixante-huitard* en su abierto rechazo de toda santificación de las instituciones burguesas, es fiel heredero. Aquí reside el principal interés de *Not Thinking Like a Liberal*.

Libro tras libro, Geuss no se cansa de fustigar la autocomplacencia del liberalismo, y en este punto su tesón es admirable. Pero cabría preguntarse si la autocomplacencia de este no acaba revelando algo sobre la autocomplacencia del propio Geuss, que parece algo enquistado en su rol de *maverick*. También el *ir a la contra* puede rutinizarse y aburguesarse, volverse predecible y desafilado, y la firmeza del No perder sus tintes heroicos para revelarse como un conformismo coloreado de rebeldía.

La verdad de la crítica negativa se cifra en su rigor e impiedad, que le permite prefigurar, en su análisis inmanente de *lo que no debe ser*, la posibilidad de lo que podría ser diferente. No consiste en separar antidualécticamente negación y afirmación, crítica y propuesta, sino en comprender que la segunda solo puede pasar por la primera. Desligada de este impulso de ir hasta el final, las fronteras entre la crítica y la mera protesta acaban desdibujándose.

¹ No deja de resultar paradójico que la crítica de la claridad –una de las constantes del pensamiento de Geuss– venga de parte de un autor cuya obra es siempre prodigiosamente clara.

Geuss, en otras palabras, parece cómodo atizando a los Rawls, Habermas, etc., desde la convicción de que nuestro mundo social es perverso y sus defensores poco más que sicofantes. Esto es la crítica concebida como desenmascaramiento, y es sin duda un momento fundamental. Pero es solo un momento, a ser complementado con la crítica *concebida como el medio para conocer cómo cambiar este mundo*. Y en esto Geuss poco podrá ayudarnos.

Por crítico que sea, es difícil que un catedrático de Cambridge pueda abandonar el Gran Hotel Abismo. Sin embargo, lo único que puede conferir cierta legitimidad a este habitar es seguir, con Adorno, asomándose diariamente a este. Y uno diría que Geuss se concentra cada vez más en contar anécdotas sobre cómo llegó al hotel y sus peripecias en el mismo.

Mario Aguiriano Benéitez

mariomariales@gmail.com